

en el fondo llena de fuerza y de energía, sensitiva hasta el desequilibrio, capaz de todas las santidades, de todas las locuras, de todos los horrores. Oíd cómo se describe á sí propia: «Lleva un suntuoso traje con mangas muy amplias de brocado blanco y lirios de oro bordados: seis collares de perlas adornan su delgado cuello, su cuello aristocrático que parece hecho para que lo corte el verdugo; y entre todas las blandicies, y todas las blancuras de las pieles que la abrigan, entre el oriente de las perlas, aparece el rostro, pálido, enfermizo, con aire de infanta de España, cual el de una doña María de Neuburgo». Bonito ¿verdad? Y justo también. La divina Liane, no se embellece. Con el nombre de Mirille, preséntase tal cual es en realidad.

Yo conocí á esta pecadora antes de que apareciese su novela autobiográfica. Me acuerdo que fué en Auteuil, en casa de Jean Lorrain, en la época ya lejana en que la linda actriz recorría el mundo recitando los versos del *Passant* de Coppée. Sus maneras me llamaron la atención tanto como su belleza, y su cultura me pareció casi tan grande como sus ojos. Así, cuando, más tarde, leí su libro, no experimenté extrañeza ninguna. La vi aparecer en la esbeltez sonriente de su divinidad, y comprendí que era ella—ella la que lloraba de amor por Desbois; ella la que, sin falso orgullo, declarábase esclava de la pasión; ella, en fin, la que, después de querer morir, volvía, en las últimas páginas, á amar la vida, el placer, el goce.

XVI

EL COMERCIO DE LAS SONRISAS



El comercio de las sonrisas.

Para probarnos, sin duda, que las perversidades, las crueldades y las artificiosidades de la tan famosa y tan mal llamada parisiense de Becque son cosas viejisimas, Jean Lorrain, doctor en ciencias inmORALES, nos ofrece hoy una galería de *parisiennes* cosmopolitas, venidas del sur y del norte, nacidas entre la nieve ó bajo los trópicos; pero formadas en el molde del boulevard, y que, juntas, componen el más alucinante ramillete de flores del mal. «Es mi cartera de croquis de café, de teatro, de hipódromo» — dice el escritor. Y, en efecto, en la rapidez del dibujo como en la sinceridad del gesto, hay algo de instantáneo, de íntimo, de indeterminado y de desordenado, que interesa más que los acabadísimos trabajos de albums. He aquí en la primera página, unas cuantas figuras caricaturales. Son cuatro cortesa-

nas que pasan. Vosotros las conocéis, sin duda. Las habéis visto y las habéis admirado en las tarjetas postales. ¡Qué ojos! ¡Qué bocas! ¡Qué perfiles! Sí, sin duda; en las fotografías que se llaman *artísticas*, porque lo embellecen todo. Pero, en la realidad, no queda sino el aire de cansancio, las arrugas prematuras, la tristeza del hastío y las marcas del afeitado. Las hay que, en rostros cadavéricos, se pintan los labios como heridas; las hay que, con caras rozagantes, se hacen ojeras que son cavernas; las hay que, con tez morena, se tiñen de oro pálido el cabello; las hay, en fin, viejas, que se peinan como niños ingleses y se visten como madonas primitivas.

«Ese es el amor—dice Lorrain;—esa es la galantería á la moda; esas son las lindas parisienses que Europa nos envidia; ese es el gran lujo que las provincias vienen á admirar en los palcos de los *music-halls*; esas son las Imperias cuyas fiestas, descritas por los periódicos, hacen soñar á los adolescentes!» Estas líneas compendian la moral del libro. «Ved—parece decir—ved para comprender que la vida de la *haute noce* es lo más inmundo y lo menos bello». Y yo pienso que ya hace años, un humorista, que tiene un fondo de moralista, dirigió al Parlamento una memoria, explicando la necesidad de reemplazar las estampas históricas que hoy decoran los muros de las iglesias por una colección de caricaturas de Sem, de Herman Paul, de Capiello y de Forain.

Así, en realidad, los niños, lejos de formarse un museo de recuerdos con imáge-

nes de nobles capitanes y de soberbios tribunos, de nobles damas y de tiernas pastoras, podrían ver desde el principio lo que es la regalada vida, el lujo, la galantería, todo lo que inspira las grandes ambiciones y todo lo que amarga la existencia del que carece de fortuna.

*
**

¡La moral por la caricatura!

La idea no es nueva. Lo nuevo es el método. En ninguna de las *charges* de Lorrain, en efecto, hay deformación, sino sencillamente exaltación. Nada de grandes cabezas en cuerpos minúsculos; nada de brazos enormes ó de enormes piernas; nada de disfraces que provocan la risa. Sus fantoches se presentan tales cuales son. Y á veces, entre luces artificiales y adornos sabios, son admirables á primera vista. Ved, por ejemplo, á esta actriz que entra en un restaurant. Se llama Teresa. Es alta y con un andar que avalora las líneas del pecho y de las caderas, adelantándose por entre los que cenan, altiva cual una emperatriz. Su abrigo vale cien mil francos; sus joyas, un millón; y el perrito que lleva entre los brazos, ese perrito con colieres de diamantes y brazaletes de rubíes, cuesta más que un caballo de carrera. Ella, como si estuviera sola, saca una caja de oro, en el fondo de la cual hay un espejo y se contempla. Luego satisfecha de sí misma, sonríe. ¡Ah! Cómo se ve que no tiene una mirada igual á la del satírico apasionado que desde la mesa de enfrente la examina.

Otra silueta, en apariencia encantadora: Iline. Como un retrato de Laurens, aparece en un marco de raso blanco. Todo su *boudoir* es albo. Los encajes abundan. Las sillas, las butacas, todo es immaculado. Y allá en el fondo, bajo suntuosos cortinajes de nieve, ella se recuesta en un inmenso lecho; ella, blanca como sus sábanas, blanca como sus encajes. Su voz misma es lo que se llama «blanca» en francés: voz sin agudas notas, suave y triste. Pero ¡ay! entre tanta albura ¿no existe un fondo de mentira y de vanidad?

La belleza misma es mentira. Sólo el lujo es verdad. ¡Y es una verdad tan triste! Porque aun sin gritar como Langlois: «No odio á esas mujeres; odio al lujo que represtan; odio los robos, los crímenes, las felonías, las expoliaciones, los suicidios, las lágrimas con que se adornan; odio lo que en ellas simboliza la monstruosa injusticia humana; odio esas flores de carne nacidas en invernaderos, entre sangre é infamia», sin gritar así, sin dar una importancia trágica al lujo de las pecadoras, sin tener ideas morales y aun sin tener ideas de ninguna clase, hay algo de angustioso en las sensaciones que se experimentan ante al papel que desempeña en el mundo la cortesana parisiense.

*
**

Digo parisiense, porque en materias de galantería, París mejor que ninguna otra ciudad representa el cosmopolitismo y une en mayor número y en menor espacio, be-

llezas profesionales de Andalucía, «bellas Mercedes, bellas Marías», á transparentes muñecas de Escandinavia; esbeltas morenas de Italia, con ojos cuyas pupilas negras están talladas cual los diamantes; á solemnes rubias de Viena y pálidas inglesas á risueñas orientales. Pero fuera de París, en toda gran capital de placer, el espectáculo es el mismo y el lujo, las joyas, las sedas, cubren el mundo de la galantería, las más repugnantes ruinas físicas y los más abominables monstruos morales.

Así en el álbum de Lorrain, entre tanta figura caricaturesca, vemos de vez en cuando pasar imágenes de belleza fresca y de fresca alegría. ¡Cómo rien esas muchachas de los teatros chicos que sin gran talento y sin ningún estudio, sólo porque son jóvenes, sólo porque son bellas, representan papeles silenciosos ó cantan breves coros! ¡Y qué buenas y qué francas son! Lo que tienen es de todo el mundo. Pero por lo mismo tienen poco. No son ellas, no, las que en el Bosque espantan con el lujo de sus carruajes; no son ellas las que se cubren, cual cálices sagrados, de pedrerías; no son ellas las que se envuelven en sedas tramadas de oro; no son ellas, no, las que llevan un séquito de adoradores.

*
**

Para llegar al pináculo diríase que son indispensables las monstruosidades del alma y del cuerpo. Ninguna de las reinas de Citerea, en efecto, se distingue en nuestra época por algo de grande y de noble.

Todas parecen comerciantes en sonrisas, en mentiras, en intrigas, en engaños y en imbecilidades. Para lo único que se diría gastan alguna inteligencia, es para hacerse *reclamos*. Los suicidios sin peligro, los robos de diamantes que luego aparecen, los renunciamentos al mundo y á sus esplendores, que duran ocho días, los dramas de celos con comparsas pagados, eso sí lo hacen de un modo genial. Pero en lo demás ninguna vislumbre de inteligencia. Y así, cuando uno las ve de cerca, lo que más extraña es que existan seres inferiores á ellas intelectualmente: seres que, sin notar el engaño perpetuo, la mentira incesante, la constante farsa, el eterno cálculo, sean los juguetes de sus siniestras fantasías. ¿Mas, cómo extrañar esto de quienes tienen ojos y no ven? Porque los adoradores de las grandes cortesanas no ven. Si vieran esas físicas fealdades esmaltadas y esos materiales horrores marchitos, se alejarían de ellas con horror. «Bajo el oro falso de la cabellera —dice Lorrain, describiendo á una de sus heroínas— veíanse los ojos pintados con kol, los labios cubiertos de pomada roja, las orejas nacaradas con pastas y las mejillas aterciopeladas con cremas y ungüentos». Este es un símbolo. Las demás siguen. Y en las altas esferas de la galantería, el rebaño gorjeante, de que habló Baudelaire, pasa, entre una nube de polvos de arroz, iluminado por sus diamantes.

XVII

UNA EXTRAÑA SALOME